



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

P

Razas humanas y su distribución

Autor:

Ivancovich, Eugenio

Tutor:

1901

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Filosofía y Letras.

Posgrado



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA



G-1-4

no 3

UNIVERSIDAD DE LA CAPITAL
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



RAZAS HUMANAS

Y SU DISTRIBUCIÓN

TESIS

PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS

POR

EUGENIO IVANCOVICH

BUENOS AIRES

Imprenta JUAN BAUTISTA ALBERDI - Díaz Velez 782

1901

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



ACADÉMICOS HONORARIOS

TENIENTE GENERAL BARTOLOMÉ MITRE
DOCTOR VICENTE FIDEL LÓPEZ
SEÑOR CARLOS GUIDO SPANO
DOCTOR BERNARDO DE IRIGOYEN

ACADÉMICOS TITULARES

Decano: DOCTOR MIGUEL CANÉ
» LORENZO ANADON
» JOAQUÍN V. GONZALEZ
SEÑOR RAFAEL OBLIGADO
DOCTOR CARLOS PELLEGRINI
» ERNESTO WEIGEL MUÑOZ
» FRANCISCO L. GARCÍA
» INDALECIO GOMEZ
» MANUEL QUINTANA
» BERNARDINO BILBAO
» ENRIQUE GARCÍA MÉROU
» MANUEL F. MANTILLA
» ESTANISLAO S. ZEBALLOS
» RODOLFO RIVAROLA

Secretario

DOCTOR RAFAEL CASTILLO

CUERPO DOCENTE

CATEDRÁTICOS TITULARES

- DR. RODOLFO RIVAROLA..... Psicología.
SR. JUAN J. GARCÍA VELLOSO... Literatura Castellana.
» CLEMENTE L. FREGEIRO..... Geografía.
DR. CALIXTO OYUELA..... Literaturas de la Europa Meridional.
» JOSÉ TARNASSI..... Literatura Latina.
» ENRIQUE GARCÍA MÉROU..... Historia Universal.
» JOAQUÍN CASTELLANOS..... Historia Argentina.
» JOSÉ N. MATIENZO..... Historia de la Filosofía.
» FRANCISCO A. BERBA..... Ciencia de la Educación.
SR. SAMUEL A. LAFONE QUEVEDO Arqueología Americana.

CATEDRÁTICOS SUPLENTE

- DR. ANTONIO DELLEPIANE..... Historia Universal.
» DAVID PEÑA..... Historia Argentina.

MESAS DE TESIS

PRIMERA MESA

Presidente: DOCTOR LORENZO ANADON
Vocales: » ERNESTO WEIGEL MUÑOZ
» RODOLFO RIVAROLA
» JOSÉ N. MATIENZO
» FRANCISCO A. BERRA

SEGUNDA MESA

Presidente: DOCTOR ENRIQUE GARCÍA MÉROU
Vocales: SEÑOR RAFAEL OBLIGADO
DOCTOR JOAQUÍN V. GONZALEZ
» CALIXTO OYUELA
» JOSÉ TARNASSI
SEÑOR JUAN J. GARCÍA VELLOSO

•

TERCERA MESA

Presidente: DOCTOR ESTANISLAO S. ZEBALLOS
Vocales: » JOAQUÍN CASTELLANOS
SEÑOR SAMUEL A. LAFONE QUEVEDO
» CLEMENTE L. FREGEIRO
DOCTOR DAVID PEÑA

❁

À la memoria de mi padre

y al cariño de mi madre



Al Dr. Carlos Molina Arrotea

Testimonio de afecto y gratitud

INTRODUCCIÓN

El hombre primitivo, viviendo en las cavernas que la naturaleza le deparaba, no era capaz de proponerse siquiera las cuestiones que intenta resolver sobre su origen y sobre su fin. Pulido por el roce de la vida de relación, siguió á través de las edades el camino del progreso. Impulsado por el instinto social, forma la horda que, tomando los caracteres de un agregado estable, da nacimiento á la tribu, germen de las futuras nacionalidades.

Los poderosos imperios de la antigüedad, guiados por el móvil que constituyó por mucho tiempo el ideal de los fuertes, la dominación universal, tienden á ensanchar sus horizontes geográficos, disputándose entre sí el territorio del Viejo Mundo. Roma los domina, y no contenta con imponer sus leyes en la vasta exten-

sión comprendida entre el Oxus y las Columnas, busca dilatar hacia el oriente el dominio de los Césares, ya que al occidente lo limitaban las aguas tenebrosas del Atlántico. Sus geógrafos indican la existencia de una nueva tierra que llaman Sérica, y los herederos de la civilización levantada bajo su amparo, consiguen explorarla lo bastante para poder desecher el conjunto de fábulas que hacían del país de la seda una región de maravillas, y conocer al tipo de color blanco amarillento que ocupa los confines orientales del continente asiático.

Cuando la aurora de las Ciencias Naturales empezaba á enviar de Europa sus vivificantes rayos, una feliz combinación de circunstancias hizo que se descubriese un continente inmenso, sobre cuya existencia hacía ya dos mil años que el mundo disputaba. Los mares que rodean al hemisferio, no podían detener para siempre, con el furor de sus olas, la audacia del navegante. El genovés inmortal, después de atravesar los piélagos oceánicos, descubre al fin la tierra con que soñaba; y viviendo en esas islas ricas y magestuosas, sorprende en medio de una naturaleza exhuberante, seres

temerosos al parecer de su presencia, representantes de otro grupo humano, noble como la tierra que lo vió nacer, tostado por el sol del Chimborazo, acariciado por la brisa perfumada en la flora de sus pampas, que guardado hasta entonces por dos polos y dos mares, tenía también su historia, su civilización y su progreso.

El África, conocida desde la antigüedad, no fué explorada sino más tarde. Recién en este siglo, Livingstone, Stanley y otros obreros ilustres, pueden conocer las variedades humanas que la habitan en su mayor extensión.

Magallanes, Drake y Cook, al explorar el Pacífico, descubren la infinidad de islas de la Oceanía, y las encuentran habitadas por una mezcla heterogénea de tipos, que difieren de los que se habían hallado en otros lugares de la tierra.

El blanco civilizado conoce poco á poco todas las regiones del planeta donde la vida es posible. Las tribus que no pertenecen á su raza, se dan cuenta que hay otras poblaciones además de las de que ellas forman parte: es la humanidad, que turbando el tranquilo desarrollo de sus civilizaciones infantiles, y que in-

vocando una mayor cultura, quiere usurpar el territorio de sus legítimas moradas.

En presencia de la diversidad de tipos que pueblan la superficie del globo, los espíritus amantes de la verdad se encuentran con nuevos é importantes problemas que resolver.

El hombre civilizado no puede aceptar lo mismo que el salvaje, que sus antecesores han surgido de las fuentes como el agua ó brotado de la tierra como las plantas, pues con el adelanto progresivo de la humanidad, las cuestiones sobre el origen y el fin del hombre debieron abandonar el dominio de la Mitología para pasar al campo de las ciencias. El sabio moderno, impulsado por el móvil que hiciera exclamar al poeta de Mantua: *Felix qui potuit rerum cognoscere causas*, provisto de las luces que los ramos del saber le proporcionan, quiere explicar la razón de la diversidad que se observa en el género humano; estudia los grupos actuales y trata de reconstruir los pasados, lanzándose hasta el oscuro laberinto de sus orígenes, para ver si es posible tomar á los primeros hombres en el lugar de su cuna y acompañarlos á ellos y sus descendientes á través del tiempo en sus migraciones, descubriendo de

esta manera, el parentesco que él guarda con las poblaciones sorprendidas por la audacia del explorador.

La tierra revela al sabio el interior de su corteza; se unen los datos extraídos de los archivos de la creación, con los proporcionados por la Geografía, la Arqueología, la Filología y las Ciencias Naturales, y los problemas del origen y distribución de las razas humanas pueden plantearse con fundamentos puramente científicos. Aunque hasta hoy se viva en el terreno de las hipótesis y controversias, se puede preveer que de estos combates empeñados para arrancar á la naturaleza secretos envueltos en el velo de tantos siglos, ha de surgir como consecuencia, la victoria para todos los combatientes: el triunfo de la verdad.

Estos problemas, estudiados á la luz del criterio moderno, serán la materia de esta tesis. Las ideas de notables campeones que consagraron su actividad á un fin tan noble, me prestarán su contingente, en unión con otras recogidas desde la cátedra, en mi banca de alumno, y algunas escasas como modestas producto de la experiencia propia.

ORIGEN

LA DOCTRINA DEL TRANSFORMISMO—SU EXPOSICIÓN Y CRÍTICA

Fácil nos es describir costumbres, explicar fenómenos y hasta inducir leyes, acerca de los hechos que caen bajo el dominio de nuestra observación; pero cuando se quiere investigar sobre lo ocurrido á través de las edades, más difícil será adquirir la verdad cuanto más disten de nosotros los acontecimientos. Por eso cuando el hombre quiere remontarse hasta sus orígenes, no puede hacer hoy sino conjeturas, con mayor grado de probabilidad cuanto más se apoyen en datos comprobados por la ciencia.

Un problema tan interesante como el del nacimiento del género humano, debió forzosamente preocupar la atención de los sabios modernos, y en efecto, luchan para resolverlo.

El ser más perfecto de la creación, procedía según los pensadores hasta el siglo XVIII, de

aquella fuente inagotable de vida que creara los mundos, y que deseosa de coronar su obra, hizo al hombre á su imagen y su semejanza.

Una nueva doctrina tiene en esta época su génesis: la que hace surgir de la nebulosa todos los astros, del protoplasma todas las especies, de lo incomplejo todo lo complejo: la doctrina del transformismo. Ovidio en sus *Metamórfosis* la había insinuado, Goethe y Oken fueron sus precursores, Lamarck la formula á principio del último siglo, Darwin consigue propagarla, Huxley, Haeckel, Broca, Topinard y muchos otros la complementan, y Spencer, tomando sus fundamentos, la aplica á todos los fenómenos del Universo con el nombre de doctrina de la evolución, trastornando la Psicología, la Sociología y la Moral.

El hombre sería, siguiendo el transformismo, la evolución más avanzada de las especies animales, descendiente indirecto de la misma masa protoplasmática productora de todos los seres con vida.

Lamarck fué el primero en suponer que los hombres procedieron por diferenciación de los monos antropomorfos acostumbrados á la estación vertical. Según este autor, el

continuado esfuerzo para mantenerse en pié, les produjo el enderezamiento del tronco y la metamórfosis de sus extremidades inferiores; con la nueva posición pudieron examinar con más facilidad los objetos del mundo exterior, redundando esto en provecho de su inteligencia; su lenguaje inarticulado se perfeccionaba lentamente transformándose en palabra, instrumento que le permitió la facultad de raciocinar. Poseedor de estos dones, el mono pasó á la categoría de hombre.

Haeckel insiste sobre la doctrina transformista aplicada á la especie humana, dándole nuevos giros. Según él, los catarrinos, procedentes del tipo marsupial, producen por diferenciación los antropoides: de la rama de los antropoides asiáticos descendieron los llamados *pitcanthropi* ú hombres monos, que engendran á su vez los verdaderos hombres, dotados de la facultad del lenguaje que sus antepasados no tenían. Opina que estos seres intermediarios vivieron en un continente hoy sumergido, que estaba situado al sud del Asia, y que ponía en comunicación este territorio con el África y la Oceanía.

Hovelacque, partidario decidido del transfor-

mismo, funda el parentesco simiano del hombre en tres hechos: la semejanza en los caracteres, los datos de la embriogenia y el atavismo.

Comparando la anatomía de ambas especies, nota una gran conformidad en la estructura de sus huesos y sus músculos. Advierte que el mono no presenta semejanza con el hombre en lo que respecta á los sentimientos morales y sociales, pero, aunque en germen, ellos se encuentran en las especies inferiores de las cuales ambos proceden.

La historia de la evolución embrionaria, había dicho Müller, es la reproducción corta y abreviada de la evolución de una especie. Estudiando el desarrollo del embrión humano á la luz de este principio, concluye Hovelacque, que va pasando por una serie de estados que indican claramente las fases de su descendencia. A las seis semanas, existe para él una gran semejanza entre el feto humano y el del mono antropomorfo, opinando con Fol, contra el testimonio de personas autorizadas, que á esa edad ambos están provistos de cola. Poco después de desaparecida ésta, se produce la diferenciación entre los embriones, tomando los caracteres propios de sus especies.

La existencia de ciertas anomalías que presentan los seres humanos, es otra de las causas que sirven á Hovelacque para sostener su tesis. Estas anomalías, reproducen en algunos casos caracteres propios de las especies animales, como por ejemplo el observado frecuentemente en los negros, de presentar su aorta conformada como la del gorila. Pretende que esos caracteres son producidos por la herencia atávica de los que poseían nuestros supuestos antepasados.

Topinard es uno de los adeptos más ardientes del transformismo en los últimos años. La unidad de composición en las sustancias que forman el cuerpo del hombre y el de los animales y las diferencias graduales que se observan en la estructura de estos últimos, á partir de los más simples hasta llegar á los cuadrumanos, son pruebas suficientes según Topinard, para fundar la hipótesis de una descendencia única para todas las especies; ofreciendo el hombre caracteres que permiten colocarlo como término de esa evolución, sería ilógico suponer, que no ha tenido por antepasados á los animales que dejaron sus restos en las capas de la corteza, más lejanas de la perifería que las que aquél ha podido ocupar.

Topinard cree que el hombre es un animal, sin otros derechos que los que le confieren las condiciones físicas, los atributos psicológicos y el éxito en la lucha por la existencia. Sus facultades podrán estar más desarrolladas, pero su cuerpo será el de un primate de Lineo.

Encontrando muchas diferencias anatómicas entre los antropoides y los hombres, no acepta la doctrina de Haeckel respecto al origen de estos últimos, opinando con Vogt que ambos grupos tuvieron un antepasado común, que podría ser lemurídeo ó marsupial; en otros términos, el hombre, los antropoides y los monos, pueden considerarse como ramas de un solo tronco, en cuya base estarían los lemurídeos; la rama de los monos produce la de los antropoides; otra rama que corriese paralelamente á ambas, teniendo un punto de inserción todavía desconocido, sería la de los hombres.

Las ideas de muchísimos autores que sacan consecuencias ó dan nuevos giros á la doctrina del transformismo aplicada á la especie humana, hubiera podido exponer, habiéndome limitado solamente á las de sus más característicos representantes.

Reconociendo que no es el darwinismo, como generalmente se asegura, una hipótesis caprichosa, creo sin embargo, que en su estado actual, no da soluciones aceptables acerca de los orígenes del género humano.

No es cierto, como los transformistas afirman, que la oposición que se hace á sus doctrinas se debe únicamente á preocupaciones religiosas. Haeckel y Hovelacque quieren encerrar la cuestión en este dilema: «Ó la doctrina de la creación reposa en lo sobrenatural, ó debe reconocer el origen único de las especies vivientes». El dilema no me parece lógico, porque sin tener en cuenta las cuestiones de fé, el espíritu se resiste en aceptar una teoría como verdadera, cuando encuentra en su contra ciertas objeciones fundamentales.

Por más que se halle una relativa semejanza entre la estructura del mono y la del hombre, no ha sido posible obtener descendencia entre el mono más antropeide y el hombre más piticoide. Los cruzamientos de los orang-hubub con los Robinsones deben ser relegados al dominio de la fábula, no pudiendo aceptarse como prueba científica. Si la unión fecunda no es posible ahora, ¿lo habrá

sido en otra época? No existe á mi entender prueba alguna que lo demuestre.

A. de Quatrefages, en su notable obra *Histoire générale des races humaines*, presenta pruebas convincentes contra el transformismo. Demuestra que la semejanza entre la estructura de las especies en cuestión, es más aparente que real, puesto que presentan un conjunto de caracteres tan diversos que hacen imposible su parentesco. Las ideas que expone son tan sólidas, que han sido aceptadas hasta por alguno de sus adversarios. Topinard, al publicar seis años más tarde la obra *L'homme dans la nature*, para fundar la hipótesis de que el hombre y los antropoides tienen un antepasado común, repite los argumentos de Quatrefages, reconociendo la existencia de un abismo entre la organización de ambos seres.

Las anomalías que presentan los seres humanos, y que los transformistas creen producidas por el atavismo, no pueden probar según el autor citado, la descendencia simiana del hombre, porque presentando éste rasgos propios de muchísimas especies muy diversas entre sí por su constitución, debería ser descendiente á la vez de un gran número de animales, que no

tienen parentesco directo ni aún para los mismos darwinistas.

Es natural suponer que si el hombre tuviese ascendencia simiana, los cráneos de éste deberían haberse parecido á los del mono, más en la antigüedad que en el presente; pero no es esto lo que podemos constatar. El cráneo de Néanderthal, semejante según Schaafhausen al del europeo moderno, presenta para Huxley mayor diferencia comparado con el del mono antropomorfo, que la observada entre los del gorila y chimpancé; por tanto, según el testimonio de un transformista, difiere del simiano. El cerebro que dicho cráneo contenía, era, siguiendo á Quatrefages, análogo en desarrollo al del blanco civilizado. Por los escasos restos que poseemos, se puede afirmar que la capacidad cránica del hombre prehistórico, fué siempre suficiente para poder distinguirle de cualquier especie animal.

Por otra parte, los transformistas no han podido encontrar todavía los restos de los piticoides. La existencia de un continente sumergido donde los seres intermediarios dejaran sus restos, no podría á mi juicio impedir que en los territorios limitrofes con la supuesta Le-

muria, se encontrasen pruebas concluyentes de que esos cambios se hubiesen verificado.

La Antropología, á pesar de sus progresos, está todavía en la infancia. Muchos secretos que servirán para determinar la procedencia del hombre, están hoy escondidos en los archivos de la creación. El sabio del futuro, sobre la base del pasado y con el acopio de datos nuevos que el tiempo se encargará de revelar, arribará á conclusiones definitivas sobre esta cuestión, hoy envuelta en los velos del misterio. Las generaciones del porvenir, una vez resuelto el problema de sus orígenes, recordarán con cariño á los combatientes del pasado, y cualquiera que sea la solución, los que han luchado por un fin tan noble recibirán para siempre el aplauso de la posteridad.

MONOGENISMO Y POLIGENISMO

No se necesita ser un gran observador para notar que entre los hombres existe mucha diversidad. El negro de África, de piel oscura y cabello encrespado, el esquimal, de tez aceitunada, el indio, de cutis cobrizo, y el inglés, blanco y de cabellera rubia, presentan caracteres tan variados que, según la opinión de un sabio moderno, si fueran caracoles, los naturalistas no hubieran trepidado en formar con ellos especies diferentes.

¿Es posible que todos estos tipos tengan un origen único?

Esta cuestión divide á los antropólogos en dos escuelas opuestas. La una, monogenista, hace descender todos los seres humanos de un solo grupo, admitiendo que el medio basta para diversificar la especie; la otra, poligenista, sostiene que cada variedad reconoce un centro distinto de creación y como consecuencia admite la multiplicidad de las especies.

La doctrina monogenista es muy antigua. La Biblia nos dice en el capítulo I del Génesis. « Creó Dios al hombre y á la mujer y les dijo: creced y multiplicaos y henchid la tierra », y en el capítulo IX : « Fueron los hijos de Noé, Sem, Cam y Jafet, y de éstos se propagó todo el linaje de los hombres ».

Platón sostuvo entre los griegos, que el hombre no tuvo jamás principio ni tampoco tendrá fin, pero los filósofos de su tiempo aceptaban las doctrinas del vulgo, en realidad partidario del poligenismo, al sostener que los extranjeros que arribaban á Grecia, habían sido creados por los dioses de su Olimpo. en las regiones de donde procedían.

El triunfo de la doctrina predicada por el Mártir del Gólgota, hizo que durante la edad media y los tiempos modernos dominasen en la Europa las creencias de los hebreos. San Agustín en *De Civitate Dei* dice: « Ningún fiel debe poner en duda, que todos los hombres, cualquiera que sea su color, su estructura y su voz, han tenido un origen único ». Los concilios discutieron más de una vez, si los negros y los indios podían ser descendientes de Adán y Eva; resuelta la cuestión afirmativamente, fué

impuesta como dogma, á pesar de lo cual, hubo quien dijera que no admitiría jamás que fuesen de su carne y de su sangre.

Uno de los campeones que sostuvo con razones científicas la unidad de la especie humana, fué el etnólogo inglés James Cowles Prichard. Según este autor, las diferencias que se observan entre los hombres, más tienen de apariencia que de realidad, y no bastan para subdividirlos en grupos específicos, puesto que siendo así, debía admitirse también que las variedades de un mismo vegetal, teniendo más desemejantes sus caracteres, fuesen especies diferentes. Para él, la existencia de idénticas enfermedades en tribus completamente alejadas, es prueba más que suficiente para suponer comunidad de origen entre los pueblos. De un centro único, salieron según su opinión todas las razas, siendo por consiguiente variedades más ó menos estables de una sola y única especie. Siguiéron esta doctrina, Omalius d'Halloy y Flourens de Salles.

· Entre los poligenistas de esta época, merecen especial mención Virey, Desmoulins y Bory de Saint-Vincent. El primero admite la existencia de dos especies de hombres, caracterizados por

las dimensiones de su ángulo facial. Desmou-lins reconoce en 1825 once especies, y al año siguiente eleva su número á diez y seis. Bory encuentra la posibilidad de clasificar al hombre en quince especies distintas, haciendo derivar los judios de los egipcios, dándoles á éstos por cuna un paraíso terrestre situado en Abisinia. Á estos pensadores siguen de cerca los creadores de la escuela americana, Morton y Agassiz, siendo este último el que mejor ha precisado la doctrina poligenista.

Estudiando con un criterio lo más antidarwi-nista posible la serie de fenómenos de la naturaleza, considera á las especies en general y á la humana en particular como absolutamente inmutables. La diversidad de tipos proviene desde los orígenes de las especies, pues el hombre, los animales y los vegetales han sido creados por naciones, siendo esta la causa porque los distintos lugares de la tierra tienen su raza, fauna y flora características. Agassiz considera dividido al planeta en nueve regiones que llama reinos, á saber: reinos polinésico, índico, australiano, hotentote, africano, europeo, americano, mongol y ártico, caracterizando cada uno de ellos por una planta, un ave y cinco mamíferos.

Es cierto en efecto, que se observa una fisonomía propia en los productos de cada región de la tierra, pero no se necesita recurrir para justificar su procedencia á la hipótesis de Agassiz, porque las diversidades que se notan entre los seres vivientes de una misma especie, habitantes de otra comarca, pueden ser explicadas por los principios que rigen la adaptación y selección. La causa de que una especie no se encuentre en ciertos países, es á menudo la dificultad que tiene ésta de adaptar sus órganos á las condiciones impuestas por el medio; pero en gran número de casos, se debe á la ausencia de la facultad de dispersión entre los individuos que la forman. La manzana cae siempre al lado del manzano, dice el proverbio con muchísima razón, y esa es la causa porque no se encuentran manzanos en todas partes del mundo. En cambio, ciertas plantas que tienen sus semillas dispuestas para la emigración, como el cardo y la alcachofa, viven y prosperan en todas las regiones donde el clima hace posible su existencia. El hombre, poseyendo facilidad de locomoción, ha podido proceder de una fuente única y emigrar á todos los países donde ha podido aclimatarse,

siendo las variedades que presenta, consecuencias de este cambio de lugar geográfico. Estas emigraciones no pueden ser negadas: los lapones y esquimales, clasificados por Agassiz en un solo grupo, pertenecen á tipos distintos, como sus cráneos lo atestiguan palpablemente.

Siguen las doctrinas de Agassiz, Gobineau y Perier. El primero supone la existencia de tres razas con distinto origen: la amarilla, la blanca y la negra. La raza blanca, nacida en la parte central del Asia, pudo mientras conservaba su pureza, ser la obrera de las civilizaciones grandiosas que la historia nos recuerda; pero mezclando más tarde su sangre con poblaciones amarillas naturales de América, perdió las energías primitivas. La humanidad, á medida que el mestizaje se acentúe, se precipitará más hacia su ruina. En el porvenir, según Gobineau, cada raza tendrá un tercio de sangre blanca y dos tercios de sangre coloreada y entonces caeremos inevitablemente en la barbarie. Perier insiste en la superioridad de las razas puras sobre las mezcladas, pretendiendo que la unión entre individuos que supone de distinto origen, produce seres inferiores á sus padres en constitución y desarrollo.

El poligenismo es sostenido además por algunos adeptos á la doctrina transformista como Owen, Dally, Vogt, Hovelacque y Broca, que á juicio de un sábio, sólo por una falta de lógica no siguen las doctrinas de sus maestros, como lo han hecho Haeckel, Jaeger y Büchner.

Quatrefages, en su obra *Introduction à l'étude des races humaines*, logra dar un nuevo y poderoso impulso al monogenismo, á pesar de las obras de importancia que sus adversarios dieron á luz. Para conocer si las diferencias que se observan entre los hombres, son bastante características para asegurar la división de éstos en muchas especies, ó si por el contrario, ellos no forman más que una sola, considera las variedades animales y vegetales, pertenecientes, á pesar de su diversidad, á un solo grupo específico. Estas variedades pueden obtenerse artificialmente; el agricultor pudo transformar la col salvaje en repollo y coliflor, que á pesar de presentar caracteres distintos, todos los naturalistas consideran como individuos de una sola especie. Lo mismo sucede en las razas distintas de conejos, carneros, gallinas, palomas, etc. Sería hacer una excepción el

considerar que sólo el género humano es inmutable, y que cada una de las variedades que presenta pudiera constituir una especie diferente.

El medio imprime un sello propio á los individuos de cada una de las distintas regiones de la tierra. Hipócrates, en su libro *Del aire, las aguas y los lugares*, determina ya las influencias que las condiciones externas ejercen en los hombres y en las razas; Manilio, en las *Astronómicas*, observa la concordancia entre los caracteres de los pueblos y el suelo en que viven. En los tiempos modernos, Nossiloff tuvo la paciencia de observar y anotar día por día la acción depresiva para el organismo, ocasionada por la influencia de la noche polar; Villermé, el aumento de la estatura producido por el bienestar y el descenso por la miseria; Deniker, las variaciones que sufren las piezas huesosas según las profesiones y el clima.

Debido á la acción del medio, los norteamericanos, de sangre anglo-sajona, ofrecen ya notables diferencias comparados con sus hermanos de Inglaterra; según la opinión de Maury, el yankee tiende á tomar los caracteres de

los antiguos pieles rojas, puesto que el mismo conjunto de factores que originaron esta variedad, ejerce ahora su influencia sobre las actuales poblaciones. Los chinos establecidos en Norte América, siendo más semejantes al indio, toman con más facilidad sus caracteres. No se necesita por lo tanto hacer un gran esfuerzo, para admitir que el tipo americano sea el asiático modificado por la influencia del medio

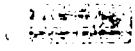
Siendo pues tan notoria esta influencia, la variedad de tipos humanos puede haber tenido un origen único.

Ahora bien; si la doctrina monogenista es posible en virtud de lo expuesto, ella se impone ante los datos que poseemos de los distintos pueblos. Al comparar sus tradiciones, nos encontramos con una semejanza demasiado grande para ser puramente casual. La caída del primer hombre y el diluvio universal se encuentran consignados en las leyendas de muchísimas poblaciones. ¿Se puede decir, por ejemplo, que existe una diferencia marcada entre la tradición bíblica y la del dios Viracocha, reconstruida por el distinguido americanista Lafone Quevedo, cuando en ambas se nos presenta al Supremo Hacedor castigando

á los hombres por medio de un diluvio, y salvando los gérmenes de la vida en un arca, y cuando en ambas vemos aparecer el ave carnícera y el ave modesta trayendo en señal de reconciliación verde gajo de un vegetal?

La costumbre de adorar las piedras paradas, la semejanza en las construcciones oolíticas, el uso de la flecha, la división del tiempo, la antropofagia, el tatuaje, los ciclos de regeneración y una innumerable cantidad de detalles comunes á todas las razas, son pruebas evidentes para sostener que todos los pueblos de la tierra ocuparon en otro tiempo la misma región.

La gran cantidad de causas todavía ignoradas que influyen sobre los individuos produciendo la diferenciación, irán conociéndose poco á poco, y con el adelanto progresivo de las ciencias, la Antropología podrá elevar en no lejana época, á la categoría de verdad, la hipótesis de la creación única de la especie humana. Admitirá la doctrina de Buffon, Lamarck, Humboldt, Müller y Quatrefages, que todos los hombres tienen un mismo origen, siendo por consecuencia variedades de una sola y única especie.



APARICIÓN DE LA ESPECIE

Es un hecho probado por la ciencia, que nuestro planeta ofrecía ya las delicias naturales que hoy presenta y que todavía el hombre no habitaba su superficie; los animales habían aparecido y dejado sus restos en las capas geológicas, antes que naciera el ser que había de dominarlos.

¿En qué época apareció el hombre por vez primera? Eso lo dirá la posteridad, porque los estudios de la corteza terrestre son todavía demasiado recientes para que, hasta el día de hoy, se hayan descubierto los restos del hombre primitivo. Huesos escasos se han encontrado en unión de una gran cantidad de objetos en que la mano de un artífice es evidente, pero los sabios no han podido ponerse de acuerdo sobre su antigüedad y procedencia. Siguiendo las opiniones de Chibret, Rames, Badoche, Grandvaux y Quatrefages, no hay duda que

el hombre ha vivido en época terciaria. Los partidarios del transformismo, en general, niegan la existencia del hombre terciario; la transformación de los antropomorfos en hombres monos se verificó en ese período, pero si estos seres tuvieran bastante inteligencia para construir los objetos citados, es impropio adjudicarles el título de hombres, porque carecían de la facultad del lenguaje que recién adquieren en el cuaternario.

Ragazzoni, sobre las laderas de las colinas de Castenedolo, creyó hallar los restos del hombre terciario; Roth y Ameghino han encontrado los esqueletos de nuestros antepasados debajo de las cubiertas del glyptodón; Whitney (1) en California y Moreno en la Patagonia han hecho descubrimientos análogos. Sergi y Quatrefages sostienen la hipótesis de una raza anterior á todas las citadas, puesto que las diferencias existentes entre ellas, hacen necesario el supuesto de un tipo único del cual deriven y cuyos restos debían encontrarse en terrenos más antiguos.

El lugar de la cuna del género humano ofrece de la misma manera serios inconvenien-

(1) Después de las investigaciones de W. H. Holmes la existencia del hombre terciario de Whitney ha sido totalmente desechada.

tes para su determinación. Wagner cree que la patria del hombre primitivo debe buscarse en la parte setentrional del mundo antiguo. Duncan la sitúa entre la Europa meridional y el Africa sub-tropical. Algunos americanistas exajerados opinan que la especie humana tuvo su nacimiento en el Nuevo Mundo, porque es en esta parte donde la existencia del hombre terciario está comprobada por la abundancia de esqueletos que se han encontrado; pero según la opinión de Burmeister adoptada por Quatrefages, parece que en la América hubo un retroceso en lo que á la formación de los terrenos se refiere. Los restos de los grandes mamíferos se encuentran en nuestro país á poca distancia del suelo, y en algunos puntos basta remover una pequeña capa de tierra fértil, para descubrir las formaciones calcáreas del período terciario. Por estas consideraciones el hombre primitivo americano parece ser contemporáneo del hombre cuaternario europeo.

Por mi parte, me inclino á la opinión de Quatrefages, que indica el lugar de origen de la humanidad en la región limitada al sud por las montañas más altas del mundo, y al redor de la cual nacen los principales rios de

Asia. La circunstancia de encontrarse representantes de todas las razas y lenguas existentes en el antiguo continente, alrededor de esa meseta, es un dato bastante significativo en favor de esta hipótesis. De allí, los hombres pudieron emigrar á todas partes, y seguramente los esqueletos de Castenedolo, de Lagoa Santa, de Moulin de Quignon, de Ameghino, son los restos de los primeros pobladores que ocuparon los territorios donde fueron encontrados.

Las tradiciones de los pueblos señalan á la humanidad este mismo lugar de origen.

CLASIFICACIÓN DE LAS RAZAS

EXPOSICIÓN DE LAS PRINCIPALES—IMPOSIBILIDAD DE
FORMULAR UNA CLASIFICACIÓN NATURAL.

El hombre debió haber observado desde tiempos antiquísimos, la existencia de ciertas diversidades entre los individuos de su especie; pero sólo después de haber adquirido cierta cultura, se halló capaz de comparar los tipos, agrupando los que presentasen caracteres semejantes.

Los chinos y los egipcios habían clasificado la parte del género humano de que tenían conocimiento, tomando por característica el color de la piel. Los hebreos, conociendo según Vivien de Saint-Martin solamente la raza blanca, la dividieron en tres grupos de acuerdo con su tradición. En los capítulos X y XI del Génesis se encuentran enumeradas las diferentes tribus, descendientes de cada uno de los hijos de Noé.

El célebre naturalista Lineo, observa que cada región de la tierra ofrece un tipo distinto de habitantes, clasificando á su *homo sapiens* en cuatro grupos: *albus*, en Europa; *luridus*, en Asia; *rufus*, en América; *niger*, en Africa.

Prichard admite la unidad de la especie humana comprendiendo tres grandes razas: la siro-arábica, la egipcia y la aria. Se puede notar facilmente, que Prichard excluye de su clasificación una gran parte de los hombres hasta entonces conocidos. Considera que los centros de formación de estas razas, han sido grandes valles recorridos por rios navegables y fertilizados por canales numerosos.

Cuvier nota dentro de la especie humana ciertas conformaciones hereditarias, á las que da el nombre de razas. Á él debemos la clasificación usada durante mucho tiempo, según la cual existen tres razas: blanca ó caucásica, amarilla ó mongólica y negra ó africana. Los malayos y los americanos eran para Cuvier variedades del tipo amarillo. Considera que estas razas han tenido su centro de formación en las altas montañas.

Blumembach formula una clasificación mucho más completa que las de Prichard y Cuvier,

puesto que logra dar cabida en ella á la mayor parte del género humano. Reconoce que los hombres pueden formar por la semejanza entre sus caracteres, un cierto número de variedades. El tipo blanco llega en sus variaciones extremas al mongólico y al etiópico; la variedad americana sería intermediaria entre la caucásica y la mongólica, del mismo modo que la malaya lo sería entre la caucásica y la etiópica.

El esqueleto de la cara sirve á Geoffroy de Saint Hilaire, como fundamento para dividir á los hombres en cuatro grupos: prognatos, eurignatos, ortognatos y euriprognatos. Los europeos son ortognatos, los mongoles, eurignatos, los hotentotes, euriprognatos y los negros, prognatos.

Las diferencias que se observan entre los hombres, son debidas según Omalius d'Halloy, á las modificaciones impuestas por un estado anterior del planeta. Entonces como ahora, podía clasificarse al género humano en seis razas á saber: *raza blanca*, con cuatro ramas: europea, aramea, persa y céltica; *raza amarilla*, con tres: hiperbórea, mongólica y sínica; *raza parda ó morena*, con tres ramificaciones: índica,

etiópica y malaya; *raza rojiza*, con dos variedades: setentrional y meridional; *raza negra* con dos ramas: oriental y occidental; *razas híbridas* con muchísimas variedades como ser mestizos, zambos, mulatos, etc.

Broca hace su clasificación teniendo en cuenta la forma del cráneo. Admite cinco razas á saber: doliocéfala, sub-dolioscéfala, mesaticéfala, sub-braquicéfala y braquicéfala.

Haeckel clasifica á los hombres por la estructura del cabello y los datos de la Lingüística. Divide al género humano en dos grandes grupos: *ulótricos*, ó individuos cuyo cabello presenta una sección transversal de diferente diámetro y *lisótricos*, de cabello cilíndrico, teniendo por consecuencia una sección transversal circular. El primer grupo comprende cuatro tipos: el papua, antiguo habitante de la península de Malaca y de las islas Filipinas, el hotentote que vive en la parte meridional de África, el cafre, poblador del mismo país, sobre todo en la zona comprendida desde los grados 4 de latitud N. hasta los 20 de latitud S., y el negro, que ocupa con preferencia la parte de la zona tórrida ubicada al norte del ecuador. El grupo de los lisótricos comprende ocho tipos á saber:

el australiano, habitante de la mayor de las islas de la Oceanía, el malayo, que polula en casi toda esa parte del mundo, el mongol, que ocupa la parte oriental del Asia, el ártico, poblador de las regiones circunscritas por el círculo del mismo nombre, el americano, habitante del Nuevo Continente, el dravidiano, que vive en la India y Ceylan, el nubio, morador de las comarcas que baña el Alto Nilo y de la parte occidental del Sahara, y finalmente el mediterráneo, artífice de la moderna civilización desarrollada en torno del histórico mar.

Pechel divide á la humanidad en seis razas: la australiana, papua, dravidiana, hotentote, negra y mediterránea, admitiendo además la existencia de razas mestizas.

Sergi encuentra en la configuración del cráneo, los elementos capaces de poder servir como característica de una clasificación; mientras los demás rasgos son fácilmente mudables, la conformación de la cabeza resiste según él, á las modificaciones del medio, y se transmite por herencia á través de las generaciones. Remontándose á las formas primitivas del cráneo, halla dos especies de hombres, que llama eurifricana y euriasiática.

Quatrefages considera á la especie humana como un tronco único que desprende tres ramas, llamadas blanca ó caucásica, amarilla ó mongólica y negra ó africana. Estas ramas primarias desprenden otras secundarias, formadas por los tipos alófilo, finico, semita, arriano, mongol, siberiano, tibetano, indo-chino, americano, negrito, africano, melanesio y Saab; los cuatro primeros pertenecen á la raza blanca, los cinco siguientes á la amarilla y los cuatro últimos á la negra. Estos se subdividen á su vez en ramillas, tanto más numerosas cuanto más distantes del tronco primitivo se encuentran. Independientemente de estas razas consideradas como puras, admite Quatrefages la existencia de gran cantidad de razas mixtas.

Después de la obra colosal publicada por el distinguido profesor del Museo de París, merece citarse la que acaba de aparecer en Francia teniendo como autor á J. Deniker. En la actualidad, según este notable antropologista, no se encuentran razas puras, sino solamente grupos étnicos que presentan caracteres diversos y que reciben el nombre de tribus, nacionalidades, estados, etc. Estos grupos étnicos han sido formados por la unión de dos ó mas gru-

pos primitivos, que pueden reconstruirse en sus caracteres, y que reciben el nombre de *unidades somatológicas*. «Examinando atentamente, dice Deniker, los grupos étnicos llamados pueblos, naciones, tribus, constatamos que se distinguen unos de otros sobre todo por su lengua, su género de vida y su constitución física. Constatamos además que los mismos rasgos físicos se encuentran á menudo en dos ó mas grupos alejados. Por otra parte, en el seno mismo de un grupo étnico, encontramos variaciones tan notables que nos hace admitir la formación de estos grupos por un conjunto de unidades somatológicas distintas, que se unen por afinidades sociológicas y lingüísticas. Á estas unidades somatológicas doy el nombre de razas».

Estas razas caracterizadas por semejanzas morfológicas, psicológicas y sociales, son las siguientes: *razas de cabello crespo y nariz larga*: boschimán, negrita, negra y melanesia; *razas de cabellos rizados ú ondulados*: etiópica, australiana, dravidiana y asiroide; *razas de cabellos ondulados pardos ó negros*: indo-afgán, árabe, berberisca, europea del litoral, ibera-insular, europea occidental y adriática, *razas de cabello recto*

ú ondulado de color negro, ojos oscuros: aina, polinésica., índica y sud-americana., y razas de cabello recto: norte americana, centro-americana, patagónica, húngara, turca, mongólica y esquimal.

El problema de distribuir á los individuos del género humano en grupos llamados razas, ha evolucionado notablemente, aumentando en complicación á medida que el conocimiento de las variedades de la especie se hacía más extenso. Los primeros naturalistas clasificaron solamente la pequeña parte de población de que tenían noticia. Coincidiendo esta infancia en los conocimientos geográficos con la infancia de las otras ramas de la ciencia, el hombre antiguo toma por base para clasificar á los individuos de especie, el carácter más visible al mismo tiempo que el más variable: el color de la piel. Cuando todavía no eran conocidos los tipos que pueblan la América y la Ocea-
nía, parecía fácil agrupar en tres grandes razas toda la población del antiguo continente; pero después de los grandes descubrimientos, al encontrarse el naturalista con tipos que no pueden ser clasificados en los sistemas admitidos

hasta entonces, se ve obligado á complementarlos agregándole nuevas subdivisiones.

Más tarde, comprendiéndose que los grupos formados teniendo en cuenta la coloración en la piel, presentaban el inconveniente de reunir en uno solo, á individuos muy desemejantes entre sí en lo que respecta á los demás caracteres, se formulan otras clasificaciones, basadas en la estructura del cráneo y en la naturaleza del cabello.

Los estudios toman una faz cada vez más científica y el problema de la clasificación aumenta en complejidad, por lo cual se hace más difícil. El desacuerdo existente entre los antropólogos y el gran número de clasificaciones que éstos nos han legado prueban esta dificultad.

La ley de la *correlación de las formas*, en virtud de la cual es posible reconstruir aproximadamente un tipo de la escala animal conociendo algunos de sus caracteres, no tiene aplicación en lo que se refiere á las razas humanas, pues no existe correspondencia entre todos los datos anatómicos de los individuos; así, dos poblaciones del mismo color en la piel, como los lapones y esquimales, difieren notablemente en

la forma del cráneo; tribus clasificadas en un mismo grupo por su cabellera, forman razas distintas según otros autores, porque difieren en el color, en la constitución craneana, etc.

No existiendo correspondencia entre los caracteres, toda clasificación que se formule, teniendo en cuenta uno de éstos, será artificial y no diferirá de la de Lineo que clasificaba las plantas tomando por base únicamente el número y colocación de los estambres de sus flores.

De este defecto adolecen sobre todo las subdivisiones del género humano que se han hecho según el color de la piel, pues, como lo pasaré á demostrar, este carácter es demasiado variable para determinar las razas, esto es, las variedades que reproducen sus elementos peculiares á través del tiempo. Un viajero que observando el color de la piel de los habitantes, recorriese el Antiguo Mundo, partiendo de la Escandinavia en dirección al sud de África, pasaría insensiblemente del *albus* al *niger* de Lineo, puesto que las gradaciones en el color del cutis de los daneses, alemanes, italianos, moriscos y cafres, con su variedad de matices, servirían de intermedarios entre los colores extremos de los individuos citados. De igual

manera, si viajase por el mismo continente siguiendo la dirección marcada por los altos macizos que le sirven de eje, pasaría del tipo blanco al amarillo, sin poder hallar un límite que separe completamente estos dos grupos de la especie humana; en la parte central del Asia se encontraría con una gran cantidad de tribus, que para ser clasificadas, ofrecerían dudas aún á los mismos autores que han tomado el color de la piel como base de sus sistemas.

Es sabido que la coloración de un individuo depende de las granulaciones de pigmento que se encuentran en sus células epiteliales. El pigmento negro se halla en todas las razas, aún en la blanca: el color más oscuro de ciertas regiones del cuerpo como la nuca, la parte dorsal de los miembros, las glándulas mamarias, es debido á la abundancia de este pigmento. En ciertos casos anormales, por ejemplo en los atacados de melanesia y del mal de Addison, se observa un desarrollo y aumento de estos corpúsculos en las mucosas y vísceras, lo que prueba su existencia anterior en el organismo.

Los agentes naturales tienen influencia sobre el desarrollo ó atrofia de los corpúsculos pigmentarios.

El hecho general de que los hombres sean más oscuros de piel, á medida que vivan más cerca del ecuador, muestra claramente la acción del calor y luz solar sobre las granulaciones de pigmento. Virey dice que un inglés rubio lo mismo que su esposa, tienen hijos en Jamaica, con cabellos negros como el ébano y con un color de la piel mucho más subido que el de sus padres. En las pampas argentinas, casi todos sus habitantes son trigueños, á pesar de lo cual, la mayoría tiene solamente sangre celtíbera en sus venas. Ciertas tribus africanas que llevan á cubierto parte de su cuerpo, presentan ésta de color más claro que el resto, logrando hacerse hereditario este carácter.

En un mismo individuo, el número de los corpúsculos pigmentarios aumenta desde la infancia á la edad adulta. Los médicos que han vivido en África, afirman que el negro, solo después de una semana del nacimiento, presenta el cutis que permite llamarle así, pues antes de esa edad, y sobre todo en el período embrionario, tiene su piel de un color análogo á la del indio americano.

La alimentación tiene también su influencia sobre las granulaciones de pigmento. Dice Vi-

rey, que el color de la piel es más oscuro en los habitantes del campo, porque además de estar expuestos con mayor frecuencia al calor y luz solar, se nutren preferentemente con lacticinios y alimentos vegetales. Cuando las mujeres de la isla de Otahití, siguiendo los caprichos de la moda, quieren blanquear su cutis, no solo se mantienen á la sombra, sino que se someten á un régimen alimenticio especial, absteniéndose de los condimentos y bebidas que enardecen.

La gran variabilidad que existe en la coloración de los hombres y el cambio que este carácter sufre por la acción del medio, hace imposible se pueda formular esa clasificación precisa basándose únicamente en él.

Por otra parte, aunque ella fuese posible, no habría correspondencia entre todos los caracteres necesarios para poder formular una clasificación natural. Aunque en general, puede afirmarse que el hombre más oscuro es más atrasado, se encuentran excepciones notables en esta ley. Los americanos tienen mayor cantidad de pigmento negro que los malayos, ocupando sin embargo un lugar más distinguido en la civilización. Dos individuos que presen-

tan el mismo color en el cutis, pueden diferir en todos los demás rasgos.

La conformación del cráneo, aunque ofrezca caracteres preferibles para una clasificación de las razas humanas, no está exenta de ser modificada por el medio. Hipócrates nos cuenta, que habiendo adoptado algunas tribus de las proximidades del Ponto Euxino, la costumbre de comprimir artificialmente el cráneo de sus hijos, este uso continuo había pasado á ser naturaleza y que por esa causa los naturales de aquellos lugares, tenían en su época la cabeza alargada. Lacondamine dice que los omaguas colocaban entre dos tablas la caja craneana de los recién nacidos. Este uso era común á muchas tribus americanas: Oviedo nos refiere al describir las costumbres de los indios peruanos, agregando que la braquicefalia de ciertas tribus, es debida sobre todo á esta causa. Aún el notable antropologista Sergi, á pesar de sostener la invariabilidad de los cráneos, admite que estos pueden sufrir algunas deformaciones, que logran en cierta manera, transmitirse por herencia.

Los restos que poseemos del hombre prehistórico, revelan que las diferencias entre los

cráneos remontan á época muy antigua, pues al lado de los más braquicéfalos y dollicocéfalos, el sabio se encuentra en presencia de otro con índices cefálicos tan variados, que permiten formar con ellos una serie no interrumpida entre ambos extremos. La misma diversidad se nota en el presente, pues existen todos los intermedios graduales imaginables, entre algunos americanos considerados como más braquicéfalos y los esquimales como más dollicocéfalos. En los cuadros confeccionados por Broca, pueden verse que presentan el mismo índice cefálico, poblaciones tan diversas como los puelches, lapones y alemanes. Luego, aunque fuese posible clasificar á los individuos de la especie tomando por base la conformación del cráneo, no se podría hacer coincidir los demás caracteres, y por lo tanto la clasificación así formulada sería artificial.

La naturaleza del sistema piloso, que puede servirnos de guía utilísima para averiguar el parentesco de ciertos pueblos, no basta para ser fundamento sólido de una clasificación, porque el cabello sufre también á través de las edades, las influencias del medio. Haeckel, decidido partidario del monogenismo de las razas, afirma la existencia de dos grupos de

hombres caracterizados por su cabellera; la diversidad entre individuos que han tenido el mismo origen no se puede explicar, si este autor no admite que el carácter que supone permanente, participe de las influencias del medio, modificándose por su acción con más ó menos lentitud.

Las variaciones que ofrecen las cabelleras de las distintas tribus no están en correspondencia con las de los demás caracteres: el cabello del europeo moderno tiene un índice medio entre el del cistóideo del papua y el del cilíndrico del japonés. En los cuadros de Topinard, se observa que tienen el mismo índice piloso, poblaciones que difieren por sus cráneos, lengua, color y sociabilidad.

Aceptando las opiniones vertidas por Deniker, acerca de los errores que se cometen considerando como razas á las actuales agrupaciones, opino que los tipos teóricos que quiere reconstruir, son también producto del mestizaje.

No veo la razón porqué el citado autor procede regresivamente, deteniéndose en la mitad del camino. Es necesario ir más al fondo de la cuestión, hasta el origen del género humano si es posible. Según mi opinión, los hombres

formaron solamente un grupo homogéneo, cuando vivieron en el sitio de su cuna ó cuando emigraron para ponerse bajo la influencia del mismo medio; pero una vez que estas tribus diversas se ponen en contacto unas con otras, el mestizaje tiende á predominar y cualquiera agrupación que se considere, presentará variedades semejantes á las de los grupos étnicos actuales.

Todas las variaciones que los seres humanos presentan, pueden ser explicadas por dos factores: la herencia, que hace prevalecer los caracteres, y el medio, que diversifica la especie. Natural es suponer, que poblaciones que han estado mucho tiempo en contacto, viviendo en una misma zona, alimentándose de idénticos productos, bajo la influencia de los mismos agentes, ofrecen muchos caracteres de semejanza aunque procedan de diferente tronco, ó sea producto del mestizaje de varias tribus.

Los caracteres tomados por base en las clasificaciones son mudables á través del tiempo, por la acción del medio. Su influencia es tan notoria, que podemos hoy repetir con los antiguos:

Coelum et corpus mutant qui trans mare currunt.

DISTRIBUCIÓN DE LA ESPECIE

Aunque ignoremos el éxodo de los habitantes de la meseta asiática, suponiendo que fuesen guiados por los mismos móviles que los salvajes contemporáneos, podemos reconstruir la manera probable como la especie humana, teniendo un único origen, llegó á extenderse por todos los lugares del planeta.

Los hombres primitivos, siendo descendientes de un mismo tronco y habiendo recibido la acción del mismo medio, eran aproximadamente iguales hasta tanto ocupaban el lugar de su origen. Entonces se podía decir que no existía en la especie sino una sola raza: la raza humana.

Debido á la rapidez de multiplicación aumentó considerablemente el número de los habitantes, hasta el punto que, encontrando obstáculos para la satisfacción de sus necesidades económicas, se vieron en parte obligados á abandonar la comarca de su nacimiento, para

ocupar alguna otra, en que con mínimo esfuerzo, pudiesen pasar más cómodamente la vida. Rompiendo las barreras que rodeaban el recinto de su cuna, poseedores de armas que les permitían luchar con ventaja contra los animales, dieron comienzo á las emigraciones, dirigiéndose hacia las tierras que presentaban á su vista mayor número de delicias naturales. Una vez en posesión de ellas, empezaron á luchar inconscientemente con el medio geográfico, que tendía á imponerle su sello propio, con el mismo medio que antes había ejercido su influencia lenta pero duradera sobre las especies animales y vegetales en esas regiones. El hombre como ellas, debió seguir la ley inevitable: *adaptarse, emigrar ó morir*. Como consecuencia, suponiendo que un grupo de individuos se hubiera establecido en una comarca determinada, sin contacto con las demás poblaciones, al cabo de cierto tiempo concluiría por adaptarse al lugar en que habitara, tomando ciertos caracteres comunes especiales, que diferenciaría á este grupo de los demás de la especie.

Las tribus establecidas en esta forma no conservaron por mucho tiempo su aislamiento, pues se encontraron con otras poblaciones,

dispuestas á ocupar la región de la cual ellos eran legítimos moradores.

Los fenómenos económicos engendran á los fenómenos guerreros. Los antiguos, dice Lubbock, no tuvieron entre ellos relaciones pacíficas, porque teniendo las mismas necesidades luchaban naturalmente para satisfacerlas. La consecuencia de la lucha fué el predominio de los más fuertes, que obligaban á los débiles á retirarse á países menos favorecidos por la naturaleza. Del mismo modo que los cafres desalojaron á los hotentotes de la parte oriental del África, y éstos á su vez obligaron á los boschimanos á establecerse en la región inclemente que hoy ocupan, las tribus que en la edad prehistórica poblaban los continentes, se sobreponían unas á otras, disputándose la parte del territorio más á propósito para su existencia. En Europa, al lado de los cráneos alargados de Canstadt y Cro-Magnon, se encuentran los braquicéfalos de Furfooz y Grenelle, que manifiestan claramente superposición de tribus, que traen como consecuencia el mestizaje de los tipos. Los cráneos mesaticéfalos serían según opinión de Quatrefages, los que pertenecieron á los productos

del cruzamiento entre las dos razas extremas.

Considerando que entonces el coeficiente de natalidad fuese muy superior al de mortalidad, se puede admitir que la especie humana llegó en cierta época á ser bastante numerosa para ocupar toda la extensión de la Europa y del Asia, y que dirigiéndose al África, sujeta á la influencia del calor y luz solar, tanto más intensa cuanto más cerca del ecuador se hallaba, pudo en esta parte del mundo transformarse en el tipo conocido con el nombre de raza negra.

La misma necesidad de expansión, pudo haber obligado á la humanidad á ocupar al continente americano, extendiendo su dominio á todas las regiones aptas para ser habitadas. Los esqueletos encontrados en nuestro país por Burmeister y Ameghino, lo mismo que los de Lagoa Santa, y Calaveras, (1) serían los restos de los primitivos pobladores del Nuevo Mundo. Su semejanza con los hallados en el Hemisferio Oriental es bastante grande para poderles fijar esta procedencia.

Del mismo modo, partiendo del Asia, algunas tribus pudieron emigrar á la Oceanía. La naturaleza del territorio convirtió en navegan-

(1) Véase la nota pág. 42.

tes, desde los tiempos prehistóricos, á los hombres allí establecidos; solo así se puede explicar como pudieron ser habitadas las numerosas islas del Pacífico, desde época tan remota como la que nos revela sus restos arqueológicos.

Los hombres que dejaron sus restos en el terreno cuaternario, pueden ser descendientes de nuestros antepasados, habitantes de la meseta del Pamir.

Negar la posibilidad de las emigraciones en época cuaternaria, dice Quatrefages, es ponerse en contradicción flagrante con los hechos, debiendo los poligenistas renunciar á los argumentos que la ignorancia ha podido sugerir á sus predecesores. Los monogenistas, al contrario, pueden repetir como expresión de verdad estas palabras de Lyel: «Suponiendo que el género humano desapareciese por entero, á excepción de una sola familia, habitante del antiguo ó nuevo continente ó de una isla madre-pórica de la Oceanía, podemos estar seguros que sus descendientes concluirían por invadir la tierra, aunque no tuviesen una cultura más avanzada que la de los modernos esquimales».

Los tiempos pasaban, y el hombre avanzando en el camino de la civilización, sustituyó el

uso de la piedra tallada por el de la piedra pulida y este último por el de los metales; el terreno superior cubrió al cuaternario y los tiempos históricos suceden á los prehistóricos.

Los seres humanos que habían sufrido durante muchos siglos la acción de distintos medios geográficos, se nos presentan sin embargo en esta época, ofreciendo cierta unidad de caracteres en cada una de las partes del mundo, unidad producida por la fusión de tribus superpuestas, diferentes entre sí, y por un conjunto de causas que obraban sobre todos los individuos de la comarca. Los americanos por ejemplo, dispersos por el continente, recibían las influencias de los distintos lugares que ocupaban. Los pobladores de la llanura, llevando casi siempre vida nómada, no podían ser idénticos á los súbditos de los imperios civilizados que moraban en la parte montañosa; del mismo modo, los moradores de las tierras circumpolares, debían diferir de los que pasaban su existencia en medio de los espesos bosques de la zona intertropical. Pero la superposición y el mestizaje de las tribus, junto con las influencias generales comunes en toda la América, hicieron que todos los habitantes del mundo

descubierto por Colón, presentasen analogías para ser clasificados en una sola y única raza.

Las superposiciones en esta parte del mundo son evidentes. En el Perú, á los obreros constructores de las fortalezas de Tiahuanaco, suceden los pueblos que dieron origen á las civilizaciones del Cuzco y Chimú; en los valles catamarqueños, los indios calchaquíes, siendo más fuertes aunque más atrasados, sustituyen á los pobladores antiguos, destruyendo la cultura grandiosa de un pueblo heróico; en las márgenes de los ríos que forman el sistema del Plata, las poblaciones arrinconadas que se encontraron, fueron los representantes de los antiguos indios dominados por la lluvia de flechas de las tribus agricultoras procedentes de otra región.

La Europa sufrió también los efectos de las invasiones sucesivas que trajeron como consecuencia la superposición de los tipos. Tribus salidas de las proximidades del Caspio extienden su dominio por la mayor parte de su territorio, obligando á los antiguos pueblos á retirarse á otras regiones ó á quedar sometidos á sus dominadores. Bastará recordar entre otras, la invasión de los bárbaros al imperio de los

Césares, produciendo como consecuencia la mestización de los tipos y la adaptación de aquellos á las costumbres romanas.

La superposición de tribus en Asia, no fué menos importante. Los iránicos, que ocupaban la extensión comprendida entre el Oxus y el Yaxartes, se dirigen hacia el Indo, al mismo tiempo que otra corriente pasando entre el Caspio y las montañas, arriba á las fuentes del Eufrates; llegan á dominar á principio del siglo V una gran parte del Asia y aún con las huestes de su floreciente imperio quisieron sobreponerse á las poblaciones griegas, siendo vencidos en Maratón y dominados más tarde en su propio territorio por el hijo de Filippo.

En general, todas estas superposiciones, con el mestizaje que es su consecuencia, se efectuaban en tribus de una misma región, por lo cual cada parte del mundo podía considerarse en esa época como un inmenso crisol donde se fundían los caracteres impuestos por el medio. Pero parece evidente, que aún antes del período de los grandes descubrimientos, hubo contactos entre las poblaciones de distintos tipos etnográficos. Humboldt sostiene que los americanos habían recibido en la antigüedad la

influencia benéfica de la civilización que se desarrollaba allende de los mares. Bochica y Manco Capac, según el autor del Cosmos, serían originarios del otro continente. Las tradiciones de los antiguos imperios nos hablan de reformadores de cutis blanco venidos del lado del mar, lo que encuentra su comprobación si consideramos la igualdad en ciertas ceremonias del culto indio comparadas con las prescritas por el Cristianismo. Hay quien se incline á la opinión, de que uno de los discipulos del Mesías haya arribado á estas lejanas tierras para predicar el Evangelio y que ese apóstol sea el dios benefactor de que nos hablan las leyendas. Sea lo que fuere, el contacto que hubiera tenido el hombre de piel bronceada con los blancos, chinos ó tártaros, no bastaba para variar el tipo impuesto por el medio á través de tantos siglos.

Con los progresos de la ciencia se establece la comunicación entre los continentes, pues desde la edad moderna, los mares no son ya abismos tenebrosos. El europeo puede contemplar las inmensas sabanas de verdura de la América, las extensiones del África y las tierras flotantes de la Oceanía. Sus buques surcan todos los

océanos, sus banderas ondean en todos los continentes. Toma al negro y lo transporta como la bestia para destinarlo al trabajo rudo, porque se creía con derecho de propiedad sobre los que no pertenecían á su raza. Empuña la espada contra el hombre americano, prefiriendo mezclar su sangre con la de éste en los campos del combate, antes que fusionarla por las vías de la reproducción, en provecho de la humanidad. Su divisa es en muchas ocasiones: *exterminar para dominar*.

Las religiones y las ciencias sostienen desde época remota la unidad del género humano y los pensadores proclaman más tarde como consecuencia la igualdad de todos los hombres, á pesar de lo cual, las conquistas no se hacen todavía de acuerdo con estos saludables principios. Pero llegará el tiempo, en que no quedando ningun resabio de las preocupaciones que hacían del hombre que no tuviese la dicha de tener el cutis blanco, un ser abyecto y envilecido, se considere á los individuos de todas las razas, como á nuestros hermanos á través de los siglos.

Rotas las barreras que separaban los continentes, podemos decir que todas las regiones

de la tierra tienden á formar una sola á los efectos del mestizaje.

En el futuro, con medios rápidos de comunicación, las razas fusionarán entre sí sus caracteres, tendiendo por consecuencia, á volver á la unidad. La raza blanca, llevando en su bandera el lema civilización, fué destinada para sobreponerse á las demás. Ella concluirá por imponer sus leyes al único pedazo de la tierra que le falta para abarcar la redondez del planeta y llegar otra vez al sitio de su origen. Las poblaciones amarillas, lo mismo que antes las negras y cobrizas, tendrán que acceder por la fuerza á las pretensiones del hombre de la Europa.

El mestizaje operado bajo su amparo en América, se efectuará en las demas regiones del globo. Los caracteres adquiridos en tantos siglos, se fusionarán tendiendo á la unificación de los tipos, pero el medio obrará perennemente en su contra produciendo la diferenciación.

Un río, que naciendo en una sola fuente, después de un pequeño curso, se subdividiese en una gran cantidad de canales, que al pasar por tierras distintas hubieran modificado la composición primitiva de sus aguas, nos daría

una imagen del pasado y presente de la humanidad: si estos brazos convergieran en seguida para formar un solo cauce, tendríamos la imagen del futuro; pues, de la misma manera que ellos concurren con la diversidad de sus contenidos á formar un único caudal, los hombres modificados incesantemente por la acción del medio, unirán sus caracteres por el mestizaje, tendiendo á formar el tipo característico de una sola y única especie, de una sola y única raza.

Buenos Aires, Febrero 15 de 1901.

EUGENIO IVANCOVICH.

PROPOSICIONES ACCESORIAS

I

La teoría orgánica de la sociedad es puramente artificial.

II

La educación debe tener por objeto la multiplicidad del interés y la formación de un carácter, puesto en servicio de la moralidad.

III

El sistema de emigración natural es el único que debe emplearse, para aumentar con elementos extranjeros la población de nuestro país.

Admitida:

Estanislao S. Zeballos

Presidente

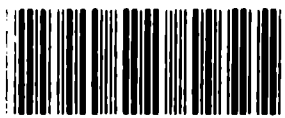
Rafael Castillo

Secretario

ÍNDICE

| | <u>Páginas</u> |
|--|----------------|
| INTRODUCCIÓN..... | 15 |
| ORIGEN.—La doctrina del transformismo—Su ex- posición y crítica..... | 21 |
| MONOGENISMO Y POLIGENISMO..... | 31 |
| APARICIÓN DE LA ESPECIE..... | 41 |
| CLASIFICACIÓN DE LAS RAZAS.—Exposición de las principales—Imposibilidad de formular una clasificación natural..... | 45 |
| DISTRIBUCIÓN DE LA ESPECIE..... | 63 |
| PROPOSICIONES ACCESORIAS..... | 75 |

40 01 40



160347

1
2
3
4
5
6
7
8
9
0

